

Lo que me contó la suela del zapato

¿Qué es un hiperespacio? Ummm... Dejad ahora de leer y pensemos cada uno durante unos segundos qué podría ser...

¿Será un espacio muy grande?, ¿o será un espacio muy, MUUUUUUUYYYYYY grande? ¿Quizás el espacio donde vive un gigante?, ¿o quizás... un espacio extraterrestre? ¿El lugar donde habitan los astros y algunos seres desconocidos?

Mira a tu alrededor.... ¿Dónde estás? ¿En el comedor, en una habitación, en la cocina, en el balcón...? ¿Y han pasado muchas historias en ese lugar?

Las casas (nuestras casas) están llenas de nuestras historias: los zapatos conocen algunas de ellas; las cortinas, otras; el armario, ha visto y escuchado muchas otras; el suelo, muchísimas... Nuestras casas son espacios que hablan del paso del tiempo, de las cosas que hemos hecho cuando éramos muy pequeñitos pero también la semana pasada, o esta misma mañana. Hablan de esas cosas que nos gusta hacer: por ejemplo, una marca roja de colorín en la pared... ¿Será la casa de una pintora?, o las huellas de pies descalzos por el suelo: pies que van y vienen, y que no paran de moverse... ¡Es la casa de un bailarín!

Las huellas, las marcas escondidas por toda la casa, y también los objetos que hay en ella, la convierten en un hiperespacio: un lugar lleno de nuestras historias, de nuestras vidas.

Al entrar en una casa, si abro bien los ojos, puedo saber qué música te gusta recorriendo el comedor, o qué libros lees: si son de risa, o un poquito de miedo. O si haces deporte, o si te gusta disfrazarte (¿de pirata, de mono, de maga?), o con quién te fuiste un fin de semana mirando las fotografías que hay en la nevera... ¿Y esa marca en la pared? ¿Es una línea que señala cuando tenías 1 año, y luego 2, y también 3, quizás? Las casas están llenas de historias que hablan de las cosas que nos han pasado, de las cosas que hacemos, de las cosas que nos gustan...

¡Fijaos qué historia he encontrado buscando el otro día en el hiperespacio de mi casa!

Abrí la puerta... FFFFFFFF... FFFFFFFF... Me llegó de golpe la brisa lejana del mar a la cara... ¡¡La ventana de alguna habitación se había quedado abierta!! Entré por el pasillo y... vi algo asomar detrás del sofá... ¡Un zapato se había quedado allí olvidado, solo, sin su pareja! Lo recogí y, al levantarlo, vi restos de barro en su suela... Era barro de montaña y estaba muy seco, así que hacía ya muchos días que había sido pisada la tierra. Pero además, era de un pie más pequeño que el mío, así que debía pertenecer a una niña o a un niño... ¡Seguro que era de Martina! Me puse a hablar con la suela del zapato y me contó todo lo que vio, tocó, olió y saboreó aquel día. Recordaba haber visto cómo Martina había salido de casa, muy temprano, con su mochila, y se había subido al tren. Se bajó en mitad del campo, donde se encontró con otros dos amigos.

Juntos recogieron moras. “¡Y qué dulces estaban!”, recordaba la suela del zapato, pues pudo probarlas cuando a Blas se le cayeron un par al suelo. Después, recogieron algunas flores silvestres, que desprendían un olor intenso. Cuando se tumbaron, la suela pudo ver las montañas y los árboles, a los que Jimena no paraba de subir y bajar, como una escaladora profesional. Cuando emprendieron el camino de vuelta al tren, se puso a llover y los tres amigos pisaron algunos charcos. La suela me contaba que el agua estaba un poquito fría y... sucia. Los zapatos se llenaron de barro, pero Martina, al entrar en casa, estaba taaaan cansada que olvidó limpiarlos... ¡Y allí seguía el barro, con toda una historia que recordarle a la suela del zapato! Pue en él se había resguardado el olor de las moras y un pétalo de margarita. Unas moras que, ya en casa, se transformaron en mermelada, y no solo lo sé por todos los tarros que se guardaban en las estanterías, sino por la cuchara de madera tintada de morado en el cajón de los cubiertos. De nuevo, mirando hacia el sofá, me percaté de que alguien había pintado recientemente un cuadro... ¡de flores! Seguro que eran las que había traído Martina a casa. Allí estaba el cuadro, con ese intenso olor a recién pintado, colgando encima del sofá, tapando una mancha de otro cuadro, más antiguo, más pequeño, más sombrío. Y... de nuevo observé el zapato y me pregunté: ¿cómo habrá llegado hasta allí? Entonces descubrí las huellas de una dentadura... ¡canina! En la casa también había un perro: Merlín.

Cuando dejé el zapato en la pila de agua para limpiarlo me vi reflejada en un espejo... “¿Cuántas historias conocerá?”, me pregunté. Y vi reflejada en él la mesita de noche de la habitación de mi abuela, donde reposaba un vaso con... ¡su dentadura! ¿Le preguntamos a ver qué historia nos tiene preparada?

Os invito a que recorráis el espacio en el que vivís, con los ojos muy abiertos, en búsqueda de señales, objetos y otros elementos que estén llenos de memorias y que quieran compartir con vosotros una historia, real, un poquito real, o un poquito fantástica.

Esa historia podéis compartirla conmigo. Yo las escucharé y leeré todas muy atentamente, ¡así que pensadla muy bien y no la olvidéis!, y construiré un relato para todas ellas. Uniré así vuestros espacios, con sus historias, en uno solo, para encontrarnos todas y todos dentro de mismo cuento que habremos inventado conjuntamente.

Actividad familiar a partir de la exposición «Hiperespacios. Colección Per Amor a l'Art»
Sara Losada, mediadora de Bombas Gens Centre d'Art